

Murcia: Un mes . . . UNA peseta. Resto de España un trimestre 3-50 Id.

Precio de la venta

5 céntimos ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCION Y OFICINAS:

SELGAS, 4.-MURCIA

Año II

MURCIA.-Viernes 6 de Septiembre de 1907

Núm. 317

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES A PRECIOS SEGUN TARIFA

TODA LA CORRESPONDENCIA Y GIROS

DEBEN DIRIGIRSE

Al Director Gerente

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

La cuestión de Marruecos

Los optimistas, que ya creían pacificado el imperio marroquí, deben estar a la hora de ahora un tanto cariacontecidos y mediatibundos, porque la situación, con ser mala antes, ha empeorado sensiblemente en los últimos días. La creencia en el próximo fin de las operaciones, como todas las cosas irrealistas, sin fundamentos sólidos, viene por tierra, derribada por la incontrovertible razón de los acontecimientos, que advierte con meridiana claridad el profundo y lamentable engaño en que nos hallabamos. Todas las credulidades mostradas, todas las esperanzas puestas en una cosa inverosímil, cual es la de que los moros se muestren pacíficos mientras los europeos ocupan sus ciudades, se desvanecen de manera paulatina para dejar paso a la realidad, descarnada y brutal, que pone las cosas en su verdadero punto de vista y nos hace conocer la improcedencia de semejantes confianzas.

La próxima lucha civil en Marruecos, que antes hubiera podido servirnos de mucho, en la actualidad nos perjudica, porque nos obligará a ponernos frente a buena parte de Marruecos, frente a los que ven en Abd-el-Azzis a un incauto que se ha dejado embaucar por los europeos, haciendo traición a su país. Esa lucha antes, cuando aún no había motivo para la intervención armada, habría sido de incalculables consecuencias para la civilización y cultura de los kabileños, pues poniendo frente a frente a los que se creen con derecho al trono de Marruecos, con la victoria o la derrota de cualquiera de los bandos, a causa de los enormes desembolsos que habría que realizar, concluiría por agotar sus energías y dejarlos en situación de aceptar un protectorado más o menos descarado, con lo cual ya se habría adelantado mucho para el fin que se persigue.

Ahora, si es cierto lo que se cuenta de Muley Hafid, varían mucho los acontecimientos, porque el soberano de derecho, asustado de la revolución, busca la ayuda de los mismos que han contribuido, si bien inconscientemente, a producirla. En las revueltas ocasionadas por las medidas que adoptó Abd-el-Azzis, poniéndose de manifiesto la adhesión que sienten los marroquíes por todo lo europeo, podemos ver un ejemplo palpante de la virilidad que necesita tener un país, para triunfar de sus malos gobernantes. Si en los pueblos que se llaman cultos hubiese la mitad de firmeza de ideales y de patriotismo que en Marruecos, en el día la cultura y civilización universales serían como jamás llegarán a ser.

Como Europa, con su influencia, ha contribuido a la civilización del sultán de Marruecos y como este necesita ahora su auxilio, ¿en nombre de qué derecho se lo vá a negar? No hay duda que tendrá que prestárselo, porque ahora tampoco se trata de una lucha civil, sino de la contienda entablada entre la verdad y el error, entre la cultura y la ignorancia. Un abandono hoy sería como el cese de cuantos derechos se tienen sobre Marruecos. Las naciones signatarias del acta de Algeciras, sobre todo las que tienen más intereses allí, son las encargadas de responder a la llamada del infeliz sultán que ve arder su imperio en una cruentísima guerra civil.

PLUMAZOS

Tegiendo y destegiendo

Los asuntos serios, que son muy poca cosa para los conservadores, deben permanecer desconocidos para los españoles apenas lo grave de ellos se convierte en amenaza. La gente de D. Antonio, que nos tiene muy calados, ha comprendido al fin lo saludable que es para el entendimiento un absoluto desconocimiento de cosas no muy vulgares. Nuestras medidas de pata les han abierto los ojos y enseñados que no se debe confiar a ignorantes lo que requiere cierta discreción circunspectiva. De ahí que no nos enteren de nada de lo que quisieramos enterarnos. No se apresadumbran de nuestra incapacidad moral más que lo harían de los quejidos de un perro enfermo.

La cuestión de Marruecos, claro está que entra en la clasificación de asuntos serios. El asunto, más que serio, amenazador, debe según su entender permanecer desconocido para todos los que «comulgamos en la manera vulgar de ver y en-

tender las cosas. Así se evitan los quebraderos de cabeza que supone contestar a los preguntones, esos fatalistas que con solo mover los labios con aire de espantada suficiencia provocan explosiones de terror en las gentes crédulas.

Dijose en un principio, al regreso de Maura del extranjero, que España estaba decidida a obrar energicamente en el imperio mogrebino apenas los marroquíes dispusieran de fuerzas suficientes para luchar proporcionalmente con el ejército franco-hispano allí destacado; y se desmintió. Después se volvió a hablar de nuevos envíos de tropas: se supo que se llamaba a filas con la mayor cautela a los individuos licenciados del ejército; y se negó lo primero y se dió una disculpa a lo segundo con la próxima celebración de maniobras. Ahora, con el envío al Ferrol de la escuadra española, que se ha repostado de carbon, han salido a relucir nuevamente las negociaciones. Para el gobierno, el que piensa y quién inventa los peligros es únicamente el país; en Marruecos no pasa nada ni pasará probablemente.

Menos mal que no hacemos caso de esas negativas y que nos atenemos a lo que, por obra y gracia de los que quieren apropiarse a Marruecos, sospechamos que sucederá inevitablemente un día u otro. No somos tan inocentes para que se nos engañe con unas simples negativas.

NAZARIN.

PARADOJAS

Mis rebeldías

Los morales de siempre—los que especulan con la amoralidad de los demás—se debaten en las nerviosidades de una glosomanía enfermiza, loando el proceder injustamente justo de los que dieron fin a una leyenda de bandidaje con los plomos de los mauters. Abierto para todo lo ilógico nuestro cerebro, nos admira lo ilegal en las gentes de blusa y rendimos pleitesia frente al frac que envuelve un cuerpo de alma hazañera, preso más de una vez en las mallas elásticas de una justicia que dignifica los hechos según la posición social de quienes los cometen.

No; la realidad ha de ser muy otra; ha de igualar ante la ley al pudiente con el menesteroso. Cuantos en el día, sin haber clamado contra la espoliación en grande, contra el bandidaje de levita encumbrada a la categoría de profesión autorizada, disparan emponzoñados dardos contra un infeliz que no supo distinguir el espacio que separa la licitud de una acción de lo que castiga el Código, cometen la injusticia de endiosar por incidencia a ciertos personajes, que en época lejana hubiesen pasado por negreros y que hoy figurar al par de ciertos nobles por escudos y sentimientos.

La jácara, cuando se saca del terreno poético, se convierte en arma de dos filos que hierde indiferentemente a derecha y a izquierda, envenenando lo más puro que debe existir entre nosotros: los procedimientos de justicia. No hay para qué sacar las cosas de su lugar apropiado, haciéndolas plegarse a medida de nuestros deseos; cada hecho, según la magnitud del delito, tiene reconocida su penalidad; pues bien ¿qué se dirá de los que ven un principio de corrupción en las extralimitaciones plebeyas y no reparan en las enormidades de los poderosos?

No puede menos de convenirse en que la injusticia debe perseguirse allí donde aparece; mas está autorizado que la de baja estofa sea castigada mientras la otra, la que rinde homenaje al becerro de oro, triunfa, se engrandece y vive?

Hay que sentir cierta desdichosa conmisericordia hacia los augures de desdichas sin cuento, hacia los que proclaman el derrumbamiento social con la pervasión de las clases bajas; el mal viene de más alto, radica en esferas más elevadas, donde todo lo injusto halla disculpa y el robo se nombra kleptomania y las espoliaciones argucias honradas de personas inteligentes.

Lo mismo el chico que el grande, el poderoso que el carente de recursos, se hallan dentro del terreno censurable cuando cometen algo que se aparta de lo autorizado; sin embargo el grande, por lo que puede dar y por lo que puede perjudicarnos si nos alzamos frente a él, logra nuestro aprecio en público, nos complacemos en estrechar su mano y nos enorgullecemos llamándonos amigos suyos; en cambio el pobre, como sólo puede perjudicarnos, conquista nues-

tro desdénoso desprecio, nuestra más significada repulsión.

¿Esto es justo? ¿Es humano acaso? Para algunos, sí; para otros, no. Ambos se encuentran dentro del terreno castigado por la ley, pero entre ambos existe una pequeña diferencia: el espacio que separa al rico del pobre.

Mientras subsista ese egoísmo mezquino, el espectáculo que presenciarnos hoy se repetirá, porque los glosómanos, impotentes para la rebeldía honrada, han nacido sólo para esclavos, y no saldrán de ahí.

Cuando hagamos justicia a todos, a grandes y a pequeños, los denuestos contra los desconocedores de los resquicios por donde se burta el cuerpo a la ley, merecerán nuestro desprecio; hoy sólo lo tenemos para los que creen que hay dos clases de justicia: la de los pudientes y la de los menesterosos.

Los rebeldes tenemos mucho de sinceridad.

RODRIGO DE VIVERO

Información especial

Los comestibles y los galenos

Me han informado, dice Marcelo Prevot, de que el tomate ha sido ya definitivamente rehabilitado por los médicos. Por ellos esa hortaliza y la fresa estuvieron proscritas muchos años; eran malas para los reumáticos. Ahora dicen los médicos que son buenas y hasta que los curan. Pues son los mismos que eran. ¿Habrá cambiado los médicos?

El vino parece también se rehabilita; ahora los médicos nos previenen contra el agua fría que produce la apendicitis, enfermedad de moda. Y no damos cuenta de que el agua nos ofrece mayores garantías de pureza que el vino. Pero los doctores dicen aún más; que si le echamos vino al agua la purificamos, pues se mueren los microbios; al fin volvemos al antiguo vino mojado o al agua vinada de los franceses.

Pero también nos dicen que la sal y la azúcar son sospechosos; la primera es inútil; la azúcar debemos fabricarla nosotros mismos en el interior de nuestros cuerpitos. Habremos de tener con el médico la misma fe que con el carbonero, el «magister dixit» de otros tiempos, pero ¿no es cierto que parece que abusan ellos un poco? ¿No es cierto que ensombrecen algo la vida con tantas prevenciones y tan contradictorias?

Puestos ante una mesa de banquete, no sabríamos qué comer de ella si hiciéramos méritos a esos alertas de los doctores; nos veríamos como Sancho, con su Tirteafuera, todo es nocivo; todo es antihigiénico hasta el pan.

Los médicos modernos prohíben comer y beber casi en todos los casos, si son reumáticos, si dispépticos, si con tendencia a engordar, sin son propensos a enfriarse. Prevot dice que ha leído el mismo régimen impuesto por un médico a dos señoras, la una que quería engordar, la otra que quería adelgazar; es gracioso.

Es más; parecen empeñados en atormenarnos. Para eso prescriben los pasteles gelatinosos desprovistos de toda sazón, los purés de legumbres, sin sal ni pimienta, la leche cuajada, las compotas sin azúcar; eso no es comer. Tanto valdría rumiarse un pienso de paja. Se os prohíbe beber para empujar por el gaznate todo eso, no debéis beber más que en condiciones que os quiten todo placer o alivio, una especie de suplicio. Fuera de las dosis sucesivas, solo beban litro y medio de agua mineral y ha de ser por la mañana; en resumen, el anhelo del médico es suprimir el placer de la mesa, un verdadero placer para nuestros abuelos, y reemplazarlo por dos «secciones» desagradables en que absorbamos materias repugnantes.

Los creyentes en ese higienismo dicen: me va muy bien; pero si observáis un poco, veréis que cambian de creencias, que se caen y de todos modos los que claudican y los que perseveran, al fin se ponen malos y acaban por morir y no de viejos.

Los hay que los han echado en bazo de muchos pontífices de creencias distintas, y han concluido por dejarlos todas y hacer su santísimo gusto, dentro de una de higiene sencilla y racional; esos iban derechos; pero después, eso sí, de mil desengaños y de haber mirado con lástima ayer a los colegas en creencias de anteaer.

Si consultamos a esos doctores Tirteafuera y nos contestaran la verdad que sienten, vendrían a decirnos poco más o menos:

Si, son los clientes los que nos obligan a esas prescripciones raras, no la ciencia. Están sugestionados; son creyentes ciegos que necesitan prácticas de devoción. Si nosotros respondiéramos a quien nos consultara esa fé: Señora ó caballero, usted no tiene enfermedad alguna, usted está sano y bueno y le engañaría dándole una receta. Coma usted, beba, diviértase, duerma, haga ejercicio, todo con moderación; no piense usted en males suyos, que así es como se los crea; ni se acuerde de la muerte, ya vendrá. Huya de la ociosidad; evite todo lo que sea triste; haga algún bien al prójimo y... nada más... ¡Oh! entonces el cliente nos desacreditaría. ¿Qué perezosos, que vulgares ó qué burlones, diría!

Y se iría a ver a otro médico, el que consulta, hace levantar la pierna alternativamente, luego el brazo, toser, espectorar... toma el pulso, mide la electricidad del pelo y al fin prohíbe el pan, el vino, la carne, el pescado, el aceite, la sal; el azúcar, los huevos, las legumbres, la leche, el queso, la fruta, y os manda además tomar todos los días un adoquín grande en los brazos y dar con él nueve vueltas alrededor de vuestro cuarto.

Quién así hablara tendría razón. Pues sigamos la corriente y salga lo que saliere, máxime si es dinero de los bolsillos del neófito camino de los del doctor.

Lo que hacia un médico viejo, viejo aunque maestro, con cierta damisela que se ereía una gran enferma y era una gran holgazana.

—Mire usted—le decía—que recurro al gran recurso—que es peligroso; no hay que abusar de él.

—Pues venga, doctor, porque me encuentro tan mal que me veo morir.

Entonces el médico recetaba: «Acqua destilata per os anforos» (Agua destilada por la boca del cántaro), receta que el boticario servía con grandes precauciones en lo profundo de la rebotica, y al tomar la enferma, inmediatamente se ponía buena.

Somos así, y lo que sucede en higiene y medicina sucede en tantas otras cosas.

y las autoridades, como tienen obligación de ello, velar porque se llenen todos los requisitos marcados en la concesión. En caso contrario, la protesta general, poniendo de manifiesto su incapacidad para el mando, probar al gobernador ó al alcalde que obran muy mal y que con su lenidad pueden ser causa de desgracias irremediables, que caerán sobre sus conciencias.

Los toldillos de la plaza de Abastos, como constituyen un peligro grave para los viajeros, deben desaparecer de allí, sea del modo que sea; si no se consigue esto, ó que los coches paren en la plaza de San Julián, donde deben tener la parada, ó que se pongan los rieles al lado contrario. El público, que tiene derecho a todas las seguridades, está amenazado con esos artefactos y necesita que desaparezcan.

La desgracia que estuvo a punto de ocurrir ayer debe aleccionar a las autoridades y a la empresa para que pongan de su parte cuanto puedan con objeto de hacer desaparecer ese peligro.

Nosotros, advirtiendo el peligro, cumplimos con nuestro deber; si los que están facultados para ello no lo corrigen, allá ellos. El día que ocurra una desgracia diremos quién es el culpable.

La vida en la colonia

En el bosque

Son las diez de la mañana; hace un día espléndido; nos hallamos en el interior del bosque; en lo más espeso de su enramada verde.

Los niños cansados de jugar tres horas, y lanzar al aire las agudas gotas de sus gargantas, se hallan tendidos sobre la mullida alfombra que les ofrece la entrelazada hierba.

Algo de quietud se observa en esta familia vivaracha, cuya inquietud casi continúa, tanto embelesa a quien sabe comprender el corazón de la infancia.

Ese silencio casi general, hay una causa a la que obedece; los niños trabajan, escribiendo en su diario a estilo árabe; esto es, tendidos y teniendo por mesa el mismo suelo.

De vez en cuando, un ligero rumor hace levantar sus cabezitas, y mirar a todo sonriendo; es que contestan al beso que les envía la naturaleza, por medio de las auras, que desciende suavemente susurrando una canción.

Los pinos espesos, se elevan ya rectos, ya inclinados, ya ayudándose uno a otro como testigos mudos, presenciando este cuadro que no puede pintarse, pero sí sentirse.

Sus copas en la altura, se unen en abrazo fraternal confundiendo sus secretos, y ofreciendo su oxígeno a las auras; su grata sombra al suelo.

Un poco alejado de este grupo, se halla otro no menos atractivo formado por las señoritas Villegas, y Sra. de Barquero, a quienes rodean los niños más pequeños; aquellos que no saben escribir.

Con paciencia y cariño maternal, D. Pilar les explica multitud de cosas, gramática, aritmética, economía, etc...

Los niños escuchan con suma atención, contestando y preguntando con infantil interés.

Empiezan las cigarras su canto monótono y continuo.

Algunos pajarillos buscando fresco asilo entre las ramas, lanzan sus trinos gorgeando somnolientos, preparándose a dormir la siesta calurosa.

Pasa un gran rato; los niños terminan sus trabajos, que son leídos en alta voz; después todos juntos rodean al profesor señor Martínez, apilándose, empujándose por estar cercanos a él.

Empieza la clase en pleno campo...

Pasan las horas. Son las doce del día; hay que regresar; la mesa espera.

Y los alegres excursionistas, para quienes han pasado las horas sin sentir, emprenden el regreso contentos y felices, dejando entre los pinos el eco armonioso de sus dulces cantos.

EDUARDO PÉREZ.

Puerto de la C. Lena, 3 S. ybre-1907.

PUBLICACIONES

El cuento semanal.

El brillante escritor Francisco F. Villegas, tan ventajosamente conocido bajo pseudónimo de «Zaida», publica en el número último de «El Cuento Semanal» un